

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



La recordada Brígida Della Torre.
Archivo: Marco Silvestro, 2006.



El exitoso empresario Domingo Soligno. Archivo: Marco Silvestro, 2006.



Soligno del brazo de su hija Generosa, en total tendrá más de diez hijos.



La camaradería fue invitada permanente en las recepciones del empresario. Archivo: Marco Silvestro, 2006.

EL LANIFICIO BOLIVIANO DOMINGO SOLIGNO

En el cementerio de la Chacarita de Buenos Aires se hallan sepultados los restos de un amigo entrañable del pueblo boliviano. Lo sabe cada vez menos gente porque el paso inalterable del tiempo se encarga de borrar datos y registros certeros de la memoria. En el lugar, y como es de suponer, se siente la calma y el silencio perpetuo de la inmensa necrópolis porteña, que sólo es alterada cuando los horneros y zorzales deciden templar la voz como tratando de reconciliar con sus melodías estridentes a la vida con la muerte. Una vez que lasavecillas han cesado de cantar, el silencio reconquista terreno para luego cubrir con su capa impermeable hasta los rincones más extremos del campo santo. A pesar de la vastedad del sitio, no resulta difícil dar con la última morada del benefactor de los obreros bolivianos. La tumba de Domingo Soligno es grande y su superficie sólida se cubre de metales que llevan inscritos en relieve muestras evidentes de respeto y gratitud. Sin embargo, de todas ellas sobresale una plaqueta donde se deduce sin dificultad alguna la admiración y reconocimiento de cientos de mujeres y hombres de Bolivia que en otros tiempos trabajaron con en él dentro de las instalaciones del famoso lanificio que llevaba su nombre. Si bien Soligno tuvo cuna napolitana y fue en Secondigliano donde sus padres lo trajeron al mundo,

su corazón nunca dejó de tener cariño y simpatía por Bolivia y todo lo que esta nación representaba. Incluso residiendo en la Argentina –hasta allí llegó porque la salud le impedía vivir en la alturas andinas– no ocultó la nostalgia que sentía por la tierra que le abrió senderos y le produjo buena vid. El napolitano acuñó prestigio y fortuna desde abajo, cuando tan sólo era un humilde inmigrante que se dedicaba a comerciar casimires trabajando tesoneramente al lado de su fiel y sacrificada compañera, Brígida Della Torre. Juntos contemplaron la posibilidad de buscar un mejor porvenir fuera de Italia y, siguiendo esos mismos dictados, organizaron su primer negocio en la sede del gobierno boliviano. Será pues en la calle Comercio donde establezcan su primer almacén en 1926, dedicándose exclusivamente a la venta de casimires importados. El negocio marchaba a pedir de boca, satisfaciendo las expectativas de la pareja italiana. Brígida se encargaba de las ventas del almacén con un entusiasmo desbordante y no perdía la ocasión para inyectar dosis agudas de energía en la mente de su marido. Los italianos de a poco consiguieron posesionarse en la cima del mercado local gracias a la calidad de los productos que ofrecían y al excelente trato otorgado a la clientela. Sin embargo, Brígida quería ir más lejos y por ello empujó a Soligno a tomar una decisión arriesgada pero posible de ejecutar, comprar equipos propios para instaurar una fábrica de textiles en ese suelo generoso que les estaba empezando a obsequiar beneficios diversos. Para ejecutar coordinadamente sus planes y salvar cuanto obstáculo se les presentase en el camino, quedaron en viajar hasta Italia buscando maquinaria accesible al bolsillo y adecuada a sus intereses. El viaje de los Soligno se realizó sin ningún contratiempo. Italia trataba por todos los medios de desprenderse del caos y mal aspecto que había sembrado la Primera Guerra Mundial.

Por ese entonces, las principales empresas e industrias vendían sus equipos y maquinarias a precios bajísimos con la intención de renovar plantas enteras. Con este escenario favorable, los esposos de Secondigliano consiguieron lo que habían venido a buscar sin hacer demasiados esfuerzos. Soligno fue hábil a la hora de negociar precios y pronto se vio embarcado con todo el equipo rumbo a Bolivia, listo para iniciar con esperanzas el sueño de la fábrica propia.

Sorpresivamente, los terrenos escarpados y baldíos de la zona norte paceña se llenaron de movimiento febril. El sonido acompasado de motores que provenía del primer galpón insinuaba la presencia real de las hiladoras cardadas, los lavaderos de lana y los telares. El gran paso estaba dado, con él se iniciaba un ciclo histórico para la incipiente industria textil boliviana. Corría el año de 1928 y la pareja emprendedora celebraba la confección del primer casimir cardado con expectativas y emoción contenida.

Surgen las hilanderías

Al principio las prendas no resultaron ser las mejores. Demasiado gruesos o mal teñidos algunos casimires fueron rápidamente desechados por los compradores. Para el neófito empresario textilero no habían excusas y pronto las fallas estaban corregidas. Soligno perseguía la perfección en su negocio y no dio marcha atrás en su consecución. Pronto, el galpón solitario se transformó en una colmena rebosante de actividad, las novedosas implementaciones hechas en la fábrica empezaron a delinear el trabajo ponderable del lanificio en suelo boliviano. En 1933 los encargos llegaban por donde se dirigiese la mirada y hasta el propio ejército se vio beneficiado al vestir las prendas hilvanadas en el lanificio del destacado napolitano.

Durante la década de 1940 el próspero empresario adquirió una nueva hilandera peinada para confeccionar casimires de calidad y, no satisfecho con ello, amplió toda la sección de tejeduría. Rico y con la satisfacción de poder incrementar su patrimonio, Soligno se traslada hasta Buenos Aires para inaugurar otra hilandería a la que bautizaría como Los Andes. Para 1952, Domingo Soligno consolidaba su imperio de casimires y paños cardados al obtener de parte de las autoridades argentinas la licencia de funcionamiento de la fábrica Matazza. Si bien gozó de la fortuna y las bondades que ella otorga, también tuvo que lamentar la muerte prematura de Brígida y el deceso trágico de su hijo Francisco. Triste y con los ánimos desgarrados, la fortaleza espiritual y el raciocinio se impusieron ante la congoja y, valiente como era, continuó caminando sin desmayo. Los obreros que con él trabajaron aprendieron a quererle con la estima y aprecio de un

hijo para con su padre. El napolitano trataba a todos por igual, con palabras de aliento y agradecimiento constante. Por ello, movido tal vez por un impulso solidario que brotó dentro de su ser, organizó un departamento jurídico y de asistencia social para los obreros y sus respectivas familias. Con 58 años de vida en las espaldas y teniendo todavía un tramo amplio por recorrer, halló la muerte inesperadamente mientras hacía la visita rutinaria de inspección a una de sus fábricas en la Argentina. Soligno fue enterrado en Buenos Aires pero su corazón se guarda todavía en Bolivia.